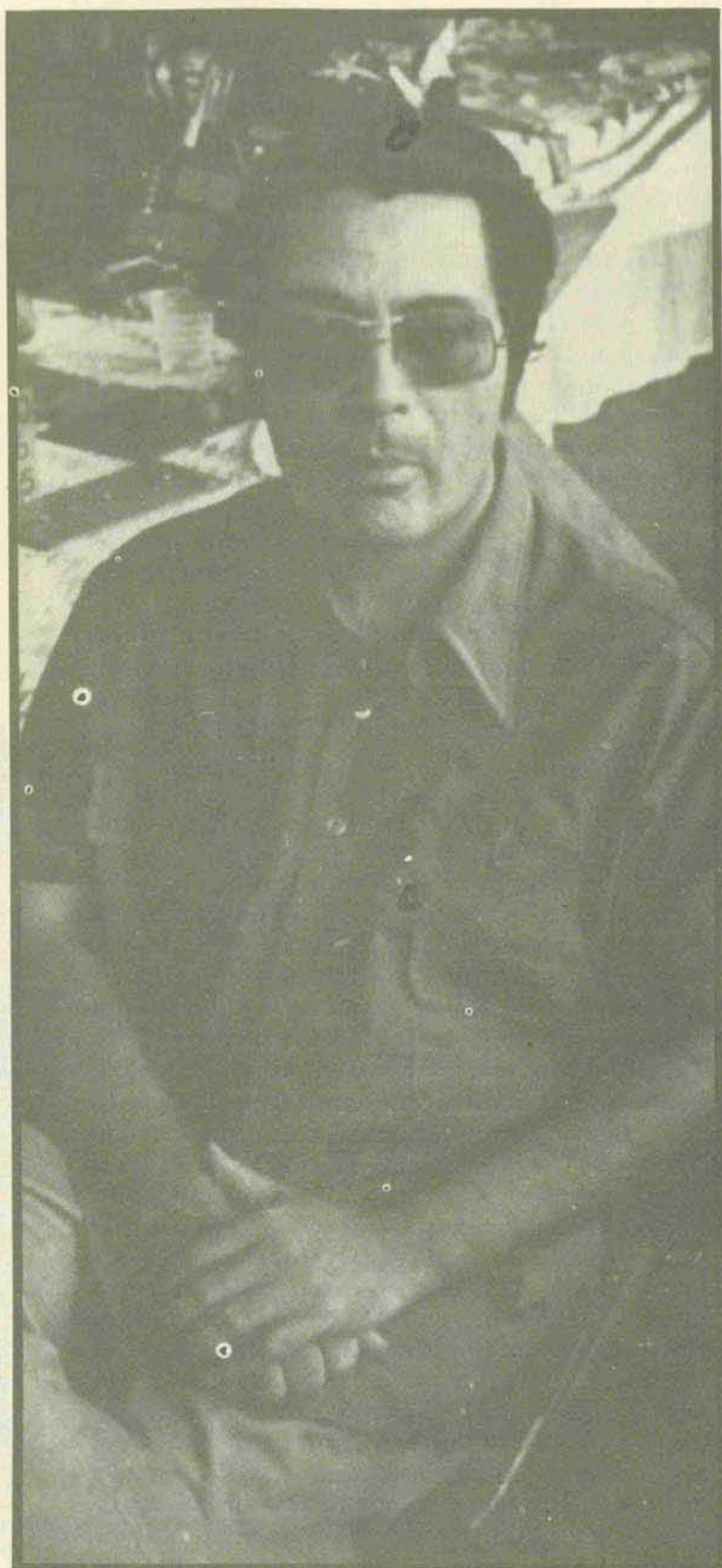


Cuando la religión se convierte en opio:

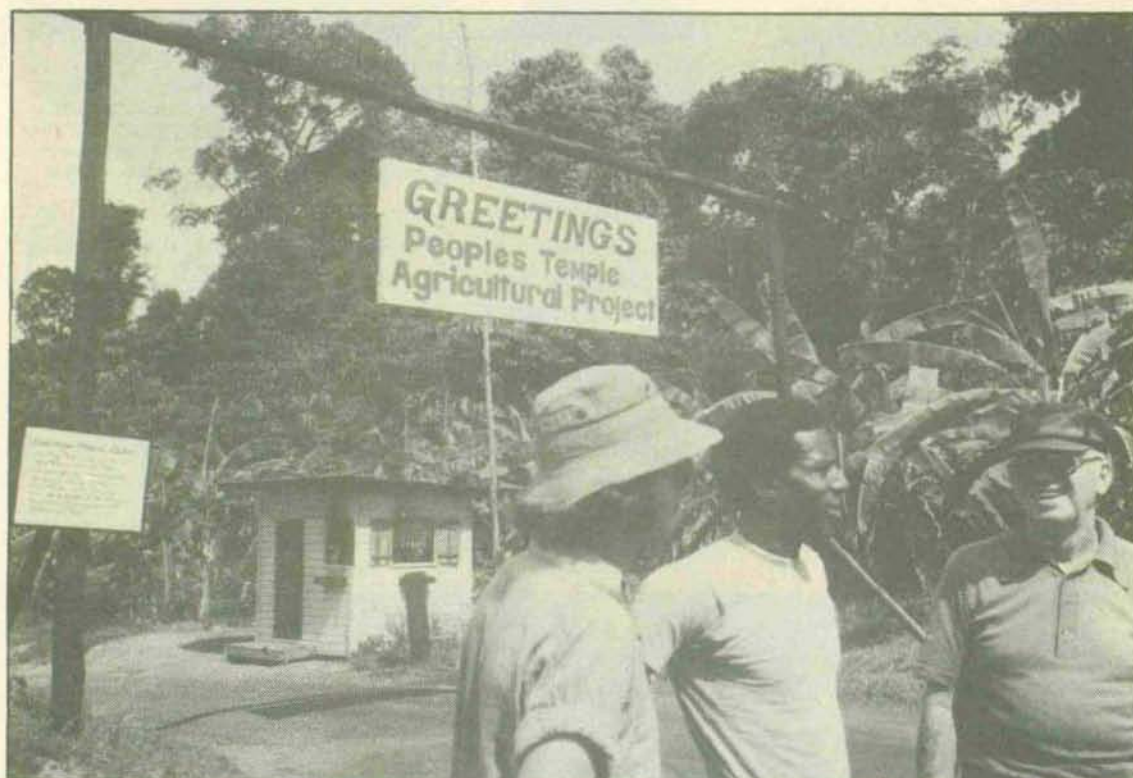
Misticismo y genocidio

• El
Reverendo
Jim Jones
y sus
fanáticos
califor-
nianos



Alvaro
Custodio

A California, el **Golden State**, la región balsámica por antonomasia —menos cuando llueve a cántaros o sopla el ventarrón de Santa Ana o hace el frío que ahora padecemos— se suele ir como los conquistadores españoles en busca de El Dorado, tierra prometida, pero hay quien huye de ella como alma que lleva el diablo. Así hizo el reverendo Jim Jones y los feligreses de su secta, **The People's Temple of the Disciples of Christ** (El Templo del Pueblo de los Discípulos de Cristo) al trasladarse a un pequeño país sudamericano situado en la línea equinoccial para fundar una colonia agrícola lejos de los ghettos, la discriminación, los asaltos y violaciones que caracterizan a la vida californiana. Tal sería el justificante sociológico del genocidio cometido en nombre de Jesucristo en la Guayana, colonia británica hasta pocos años. Para millones de norteamericanos —especialmente quienes pertenecen a las minorías mexicanas, negra y asiática— la existencia en el país más rico y desarrollado del mundo no es precisamente la que pintaban los poetas en la Arcadia feliz. Ninguno de ellos disfruta de las ventajas con que cuentan los anglos, raza privilegiada, aunque sea cada vez mayor el número de éstos que se siente identificado con los discriminados.



El genocidio de Guayana no se entendería si se analizara solamente con el prisma de la injusticia social en una nación supercapitalista. (Foto del campamento de Jonestown, pocos días antes del suicidio colectivo).

EL genocidio de Guayana no se entendería si se analizara solamente con el prisma de la injusticia social en una nación supercapitalista. Un número no insignificante de los sacrificados había renunciado de **moto propio** a sus bienes materiales, en ocasiones cuantiosos, en beneficio de su congregación a cambio de una promesa: la Gloria Eterna, morada de los ángeles y de los justos. La forma de llegar a tan maravilloso lugar ha sido terrible: asesinados por los esbirros de su **padre espiritual**, o arrojando espumarrajos por la boca en medio de espantosas convulsiones provocadas por el veneno ingerido a la mayor gloria de Dios. Quizá sólo los que vivimos en California

podamos explicar el fenómeno místico que ha llevado a tan monstruosa muerte a cerca de 1.000 fanáticos, arrastrando, además, a un diputado californiano y a cinco corresponsales de la televisión y la prensa de Los Angeles y San Francisco; más de 185 eran niños menores de 15 años. Ya he señalado en anteriores crónicas el increíble grado de incultura, palurdismo y atraso de la sociedad californiana y el alto nivel de peligrosidad que se respira en sus ciudades.

Dudo que exista un conglomerado humano como el de Los Angeles donde se amontonen con peor gusto y ostentación tantos religiosos, masónicos o seculares de simple meditación.

Por si ello fuera poco, los periódicos anuncian cada semana en algún teatro o estadio deportivo la presencia de un orador sagrado —también se hacen llamar «filósofos del siglo XX»— que prometen la panacea, como desvelar los misterios de la metafísica, el contacto con un Ser Superior y la salud a través del magnetismo, etc. Excusado es decir que esos estadios y teatros se llenan hasta el tejado, porque la mayoría de los norteamericanos no saben por dónde andan, ni lo que pisan, ni lo que pasa a su alrededor: el afán de amontonar dinero o la extrema necesidad de ganarlo no les deja un minuto libres para pensar en sí mismos. Este pueblo tan pragmático y utilitario necesita contar con una programación dictada por alguien para encauzar su conducta cotidiana y vincular su conciencia con alguna divinidad. El escéptico, el agnóstico o el ateo es automáticamente repudiado por la sociedad norteamericana y le resultará casi imposible abrirse paso en ella. El marxismo o cualquier otra doctrina revolucionaria se identifica con el mal y el pecado. Por una parte, negar a Dios y su Gloria eterna no sólo es **shocking**, sino subversivo. Ted Patrick, un enemigo del sectarismo o atomización religiosa que viajó desde San Diego a Washington para advertir a las autoridades sobre el peligro de los oradores sagrados improvisados, fue dos veces encarcelado por conducta antirreligiosa.

Por otro lado, ofrecer la felicidad en este planeta a los desheredados, que son la mayoría, como pretenden las teorías materialistas, a través de una justicia distributiva suena a mística de viento en los oídos norteamericanos.

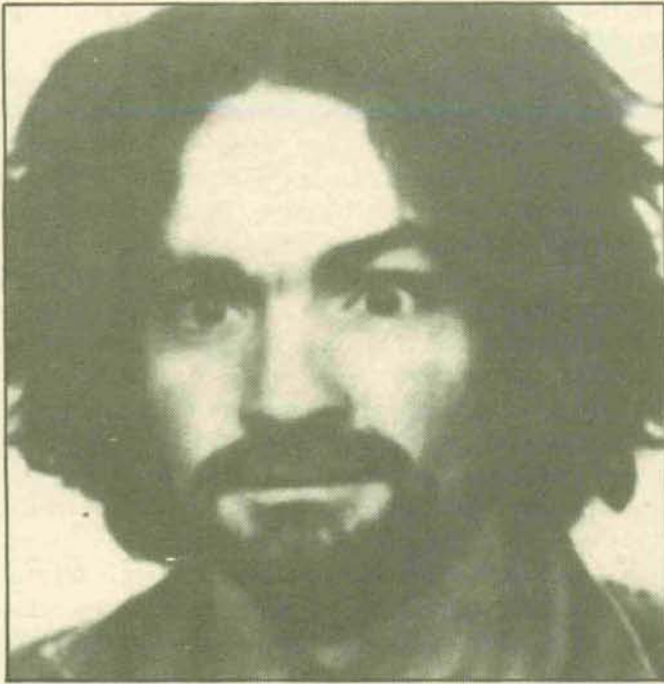


El norteamericano desconfía profundamente de los políticos, pero se entregan con los ojos vendados y se dejan intoxicar sensualmente por cualquier orador sagrado como Jim Jones o el más famoso de todos, Billy Graham—en la foto—, quien arrastra multitudes, gran amigo y sostenedor de Nixon, aunque el ex presidente sea cuáquero y Graham ministro de la Iglesia Bautista del Sur.

La justicia social no ha sido nunca la meta del estadounidense medio cuyo individualismo es casi zoológico. Aquí hay multimillonarios, una clase media acomodada y otra de medio pelo; los que no son capaces de llegar a uno de esos estratos sociales se consideran inadaptados o mendigos. Nadie piensa en cambiar ese estado de cosas, porque el ciudadano de este país tiene la mente fija en un solo punto: hacer dinero para llegar, si es posible, a multimillo-



El reverendo Jim Jones tuvo cordial correspondencia con la Primera Dama de la nación y con Mondale, vicepresidente de la Unión Americana. (En la fotografía, de derecha a izquierda, el Presidente Carter, Rosalynn Carter, Joan y Walter Mondale).



En los Estados Unidos siguen proliferando los hambrientos de justicia y de misterio dispuestos a embarcarse por ignorancia y falta de imaginación en el burdo magnetismo de una fe administrada por un charlatán con carisma y cierta atracción sexual como esos dos, inspiradores de bárbaros asesinatos, Charles Manson (en la foto) y Jim Jones.

nario. Si se le quitara este incentivo en nombre de una mayor justicia social administrada, por ejemplo, por un Estado socialista, todo el dinamismo de la economía nacional se vendría abajo. De ahí que se venera la libertad como al gran mogol, porque sólo con ella puede atesorarse la fortuna de un Rockefeller, un Morgan, un Getty o un Al Capone.

Los países capitalistas poco desarrollados culturalmente como los Estados Unidos —su gran desarrollo es tecnológico, pero no huma-

nístico— siguen siendo adictos al principio religioso de que la felicidad absoluta no se alcanza hasta que el alma se desprende, por intercesión de la muerte, de su impureza terrenal. Para lograrlo no se necesitan los músculos ni la voluntad de llegar a la meta como en la lucha por la vida, sino que basta con afiliarse a una secta de las quinientas que funcionan en el país. Los más ricos y la clase media acomodada, que forman, sin duda, el grupo mayoritario y dirigente de la nación, no arriesgan su alma con pequeñas iglesias como la de Jim Jones, sino que escogen los dogmas más acreditados y de mayor solvencia: metodista, episcopal, bautista, luterano, presbiteriano, cuáquero, mormón, católico, sin olvidar a los no cristianos, como los judíos, musulmanes y budistas. En país tan enorme y tan poblado hay espíritus de todas clases, pero los más impacientes y peor tratados muestran su disconformidad inscribiéndose en las innumerables sectas que ofrecen paraísos para bobos, como **The People's Temple of the Disciples of Christ**, fundada hace algunos años por el reverendo Jim Jones. En un país europeo se habrían afiliado a cualquiera de los partidos de izquierda o combatirían por sus derechos desde un sindicato de orientación socialista, comunista o anarquista. El norteamericano desconfía profundamente de los políticos, de sus partidos y sus promesas —en las elecciones del 7 de noviembre pasado sólo votó un 35 por 100 del electorado—, pero se entregan con los ojos vendados y se dejan intoxicar sensualmente por cualquier orador sagrado, como Jim Jones o el más famoso de



Quizá sólo los que vivimos en California podemos explicar el fenómeno místico que ha llevado a tan monstruosa muerte a cerca de 1.000 fanáticos. (En la imagen, un hombre aparece con una careta antigases durante el recorrido por el campamento del Templo del Pueblo de Guayana, donde se encuentran los cadáveres de los miembros de la secta).



Eric Fromm —en la fotografía— señala en su famoso estudio «Escape from Freedom» que la mayoría de los humanos aspiran a que su conciencia esté siempre sometida a un ser supremo o un déspota, porque no saben ser libres.

todos, Billy Graham, quien arrastra multitudes, gran amigo y sostenedor de Richard Nixon: aunque el ex-presidente sea cuáquero y Graham ministro de la Iglesia Bautista del Sur.

La condición esencial para salvar el alma con plenas garantías consiste en sostener generosamente la congregación religiosa a la que el norteamericano ha decidido pertenecer; la otra condición es que asista a los sermones del predicador de turno y entone en su caso cánticos a la divinidad a coro con los otros feligreses, casi siempre desentonados. El reverendo Jim Jones no sólo pedía a quienes aspiraban a formar parte de su congregación, fundada en la ciudad de San Francisco, California, que escucharan sus sermones, en ocasiones de seis horas, sino que consagraran todas sus energías más todas sus propiedades y pertenencias al Templo del Pueblo de los Discípulos de Cristo. Maravillosa tenía que ser la descripción del paraíso que prometía a sus oyentes para que cerca de mil creyentes le entregaran su vida en medio de terribles convulsiones provocadas por el veneno que les ordenó ingerir, o se dejaran asesinar sin resistencia por los esbirros del fatídico nigromante. Si esa tragedia hubiera acontecido en un país de origen latino, eslavo, árabe o asiático, la propia prensa norteamericana le habría dedicado una simple mención como un producto de la superstición y el subdesarrollo de tan exóticas regiones. Aunque el suceso ha ocurrido en un diminuto país semi-colonial de población mixta —indios y negros—, las víctimas y sus asesinos son exclusi-

vamente norteamericanos, en su mayoría de California.

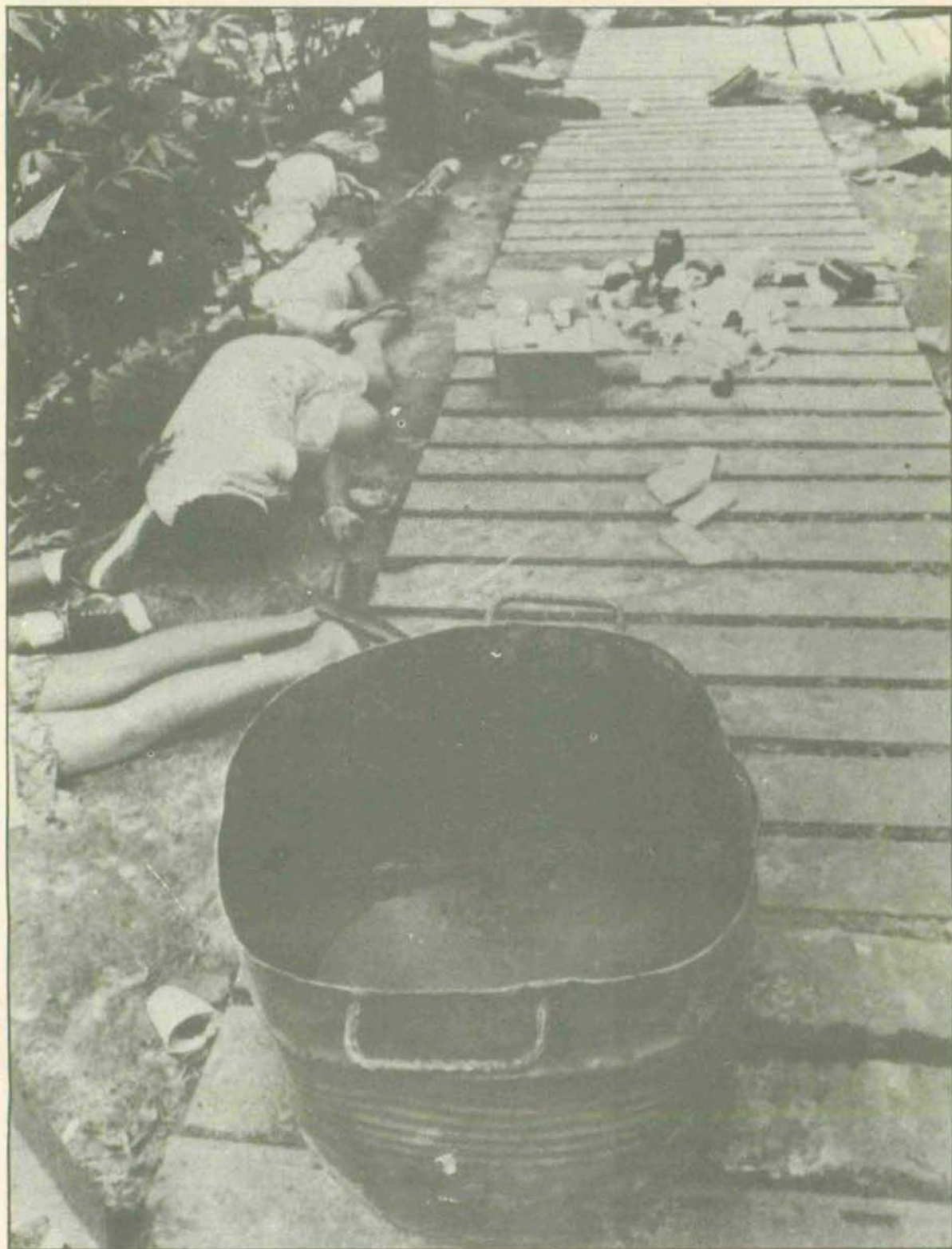
O sea, que a pesar de las grandes autopistas de asfalto que atraviesan ciudades con sus impresionantes rascacielos, sus fábricas gigantes, sus universidades —más de 4.000 en todo el país— y sus lujosos centros comerciales que han hecho de los Estados Unidos el país más rico y poderoso de la historia, siguen proliferando los hambrientos de justicia y de misterio dispuestos a embarcarse por ignorancia y falta de imaginación en el burdo magnetismo de una fe administrada por un charlatán con carisma y cierta atracción sexual como aquel predicador negro ya fallecido que se hacía llamar **Father Divine** (Padre Divino), y esos dos blancos, inspiradores de bárbaros asesinatos, Charles Manson y Jim Jones. La televisión no sólo prodiga a los oradores sagrados que compran su tiempo para conseguir adeptos, sino que el 90 por 100 de sus programas se dedican a exponer por diversos medios casos de asesinatos, muertes, luchas, pandillas de gánsters, ladrones, terroristas, etc. Buenos y malos en constante pugna, aunque lo de **buenos** no pase de eufemismo. Llega a parecer casi natural que quienes querían escapar a un medio tan hostil y agresivo se dejaran convencer por un mediocre comediante que recitando el Evangelio les propusiera fundar una especie de falansterio en una tierra idílica sin prejuicios discriminatorios a muchas millas de California. ¿Cómo permitió el gobierno de la Guayana que se instalara allí un gánster con sus pistoleros para explotar a un rebaño de infelices? Porque el reverendo Jim Jones, durante su estancia en California, se codeó y retrató varias veces con el subgobernador de California, Dimally, y con el alcalde de Los Angeles, Bradley, y tuvo cordial correspondencia con la Primera Dama de la nación y con Mondale, vicepresidente de la Unión Americana. Incluso el subgobernador Dimally, de raza negra, visitó el falansterio de Jim Jones, para el que tuvo elevados conceptos antes de la tragedia. El título gratuito de reverendo —Jones era bachiller en Educación por la Universidad de Butler en Indianápolis— y el noble propósito de salvar almas, abre las puertas de todas las casas y se gana la confianza de todos los norteamericanos, aunque oculte la conciencia de un asesino o un paranoico.

Eric Fromm señala en su famoso estudio **Escape from Freedom** que la mayoría de los humanos aspiran a que su conciencia esté siempre sometida a un ser supremo o un déspota porque no saben ser libres. Esto le ocurre a una considerable parte de los norteamericanos, entre ellos esos centenares de crédulos

que se trasladaron a la Guayana para suicidarse en masa, no como los defensores de Numancia o de Massada que han inspirado a grandes poetas, sino para huir del pecado, del desprecio social y alcanzar con la muerte la eterna felicidad. Para Jim Jones una simple operación de limpieza que se suele llamar «lavado del cerebro». ■ A. C.

POSTDATA.—Me encontraba bajo los efectos de la terrible impresión que esta tragedia me ha producido cuando fui invitado por unos amigos

norteamericanos a celebrar en su casa el tradicional **Thanksgiving Day** (Día de Acción de Gracias), en que todas las familias se sientan a comer pavo asado y pastel de calabaza en recuerdo del **Mayflower**, primer barco de peregrinos llegado a Nueva Inglaterra en el Este de los hoy Estados Unidos para colonizar las nuevas tierras vírgenes. Planteé de inmediato el terrible suceso que llenaba las páginas de todos los periódicos, pero mis amigos dedicaron menos de cinco minutos a comentarlo. No era tema de conversación.



Los países capitalistas poco desarrollados culturalmente como los Estados Unidos —su gran desarrollo es tecnológico, pero no humanístico— siguen siendo adictos al principio religioso de que la felicidad absoluta no se alcanza hasta que el alma se desprende, por intercesión de la muerte, de su impureza terrenal. (El trágico escenario del suicidio colectivo, con el bidón que contuviera el «refresco» envenenado en primer término).